

## Editorial

### Las elecciones en Estados Unidos, o cómo la crisis cultural permite hervir a la rana

Se avecinan las elecciones presidenciales en Estados Unidos de América, y para esta Revista es la segunda vez que las analizamos. La anterior era de resultado casi cierto, y el análisis general buscaba entender qué es lo que había hecho Barack Obama, o lo que podría hacer sabiendo que ya era un “pato renco”, en particular luego de las elecciones parlamentarias de mitad de mandato. Lamentablemente, acertamos en líneas generales en aquella ocasión (ver los números 3, de septiembre de 2012, y 4, de marzo de 2013). Pero en éstas la problemática resulta mucho más compleja. Una primera cuestión es que se ha convertido en una competencia tan cerrada que no se puede avizorar un ganador claro, aunque muchos sospechan que quien resultará electa será Hillary Clinton, la primera mujer que podría acceder a ese cargo. Sin embargo, la cercanía en las encuestas de Donald Trump no permite asegurarlo tan livianamente.

Lo que surge de los artículos que aquí presentamos es una tensión clara entre dos modelos de país en pugna. En líneas generales podrá advertirse que para ambos candidatos se multiplican los adjetivos (no solamente de los que han colaborado en este número; la prensa estadounidense y mundial también han adjetivado), y mayoritariamente los calificativos no son positivos, sino todo lo contrario. Para

ponerlo en pocas palabras, habría consenso en sostener que, por un lado, no hay un buen candidato sino que la opción sería por el “mal menor” –aunque aquí el mal menor es determinante para el resto del mundo-. Por el otro, que Hillary sería la expresión política del *establishment* político y financiero, de la fracción dominante del gran capital concentrado y del complejo militar-industrial, quien ha estado detrás, de alguna u otra forma, del derrotero de su país por lo menos en los últimos veinticinco o treinta años en su accionar militarista brutal, la destrucción de los empleos y la baja en la calidad de vida de los ciudadanos medios.

Por otra parte se ve a Donald Trump como un fenómeno extraño, ya que si bien compite por uno de los partidos que componen el (mal) llamado sistema bipartidista, el aparato de los Republicanos y los conservadores de buena cepa lo desprecian por no expresar los valores tradicionales del partido. Esto hace que sea mucho más interesante reflexionar sobre este candidato que sobre la representante del Partido Demócrata, por cuanto ratifica lo que ya es sabido, el sistema norteamericano no es bipartidista, sino de partido único con ala izquierda y derecha. Lo que la mayoría de los medios destaca de Trump es su xenofobia y machismo, su origen social y la forma en que multiplicó su riqueza, omitiéndose otros aspectos de su discurso de campaña que, aunque menos relevantes en las presentaciones periodísticas, lo hacen mucho más cercano a la cultura política más profunda del pueblo.

Sea verdad o solamente promesas de campaña, Trump expresa dos valores profundamente imbricados culturalmente en los votantes –y no votantes, a no dudarlo-, que son el aislacionismo y el populismo. Este último fue un movimiento de raíz rural de fines del siglo XIX, entroncado profundamente con la idea de *productor* versus *parásito*, donde los parásitos casualmente eran los banqueros, abogados y todo otro tipo de profesiones o labores que obtenían sus beneficios del trabajo productivo de los demás. El movimiento fue acusado de nativista y antisemita, aunque esto no está comprobado, sino más bien lo contrario. Es obvio que el paso del tiempo desdibujó ciertos rasgos de esta perspectiva del mundo, pero no la borró del ADN de la cultura política, transformando algunos aspectos, ampliando otros y eliminando definitivamente los más conflictivos, como el antisemitismo. Nada casualmente los populistas apoyaron en su momento a los obreros de *Haymarket*, el boicot de la empresa *Pullman*, o la huelga de *Cripple Creek*. Asimismo eran muy pragmáticos, y si bien los populistas sureños resultaron claramente racistas, en su momento se aliaron a granjeros negros en reivindicaciones particulares. Sin embargo, uno de los aspectos notables de dicho movimiento fue el sentimiento antiextranjero, que Trump capitaliza muy bien contra una Hillary que apostó por el NAFTA y ahora por el TPP. Es decir, mientras el que supuestamente es más reaccionario aboga por cuidar el trabajo y las condiciones de vida de los estadounidenses mostrándose contrario a

la fuga del trabajo genuino tras las condiciones y salarios asiáticos por una parte, y la limitación al ingreso de trabajadores en negro que bajan las remuneraciones en su territorio, Hillary representa, para aquellos que no la votarán, la profundización de lo contrario, expresando un modelo de destrucción de los valores propios.

Por otra parte, el aislacionismo, se puede definir como la no intervención política y militar de un país, en este caso los Estados Unidos, en los asuntos de otro territorio soberano...Su aislacionismo se refiere sólo a la no injerencia de los Estados Unidos en la política interna de otras naciones soberanas. De ahí que las manifestaciones más visibles de este movimiento se hagan más visibles (sic) en los momentos previos a las intervenciones norteamericanas en conflictos bélicos en el extranjero y asuma discursos y argumentarios (sic) adecuados a las características de cada posible intervención norteamericana.<sup>1</sup>

Nada casualmente la época de mayor esplendor de esta perspectiva se produjo en los años transcurridos entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, por causas evidentes. Se apoyaba en una muy antigua tradición esbozada por los Padres Fundadores, los que predicaban no inmiscuirse en los asuntos internos de Europa, y que perfectamente expresada por John Quincy Adams cuando sostuvo que los

---

<sup>1</sup> Miguel Anxo Bastos Boubeta. “Antiimperialismo de derechas: La tradición política del aislacionismo norteamericano”, en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, año 4, vol. 1; Universidad de Santiago de Compostela, 2005, página 99.

Estados Unidos no deberían nunca dedicarse a buscar monstruos que destruir en el exterior.

En el mundo neoliberal en el que nos encontramos, la aplicación acrítica y sistemática de los supuestos económicos más dogmáticos, que sostienen que ante iguales condiciones tecnológicas el costo de un bien se constituye por regulaciones estatales, costo de transporte y salarios, implica la voluntad del modelo de capitales concentrados transnacionales de igualar el costo de producción en un único precio mundial. Para ello se necesita romper las barreras nacionales y unificar lo que se paga por un trabajador en función de la productividad. En un número anterior sostuvimos que gran parte del trabajo lo habían hecho George W. Bush (jr.) y Barack Obama, y por ello el profundo interés en los megatratados internacionales.<sup>2</sup> En esta línea se ubica Hillary, por más que muchos de aquellos que la votarán tal vez no lo tengan tan claro, mientras que sus opositores más xenófobos, machistas y reaccionarios sí. Es evidente que tal vez no hayan visualizado tan explícitamente lo que aquí se afirma, pero saben cuál es su condición laboral y remuneración.

Por más que desde muchos frentes se sostiene que Obama pudo lidiar con la crisis de las hipotecas a partir de 2008, la realidad indica que no es así, ya que las estadísticas muestran un débil crecimiento del PBI, del empleo y por algo se dio su lucha por imponer un salario mínimo que no dejó

conforme a nadie. En suma, en vistas de los resultados globales de la administración Obama, se puede decir que gran parte de su gestión se encaminó a igualar las productividades y remuneraciones con el resto del mundo, a la par de inyectar una colosal cantidad de dólares en la economía mundial que no puede interpretarse de otra manera que como una devaluación encubierta (ya que al ser dueños de la divisa que es referente de gran parte del comercio mundial, técnicamente no pueden devaluar).

En pocas palabras, la crisis económica incidió en gran medida sobre la práctica política desde el 2008 de la manera en que se hierva una rana viva: se la coloca en agua fría y se la va calentando lentamente. Muy posiblemente Donald Trump no pueda escapar de la disyuntiva que propone el desarrollo del mercado mundial, pero a diferencia de Hillary, es consciente de que gran parte de la ciudadanía se ha dado cuenta, y que quiere saltar de la olla. Lo que vaya a hacer si gana Trump es un misterio, pero es seguro el camino que seguirá Hillary.



Fabio G. Nigra

<sup>2</sup> Fabio Nigra. “El mensaje sobre el estado de la Unión de Obama: ‘es todo un problema de costos’”, en *Revista Huellas de Estados Unidos*, nro. 4, marzo de 2013, en particular página 86.